

JORDI CLOTAS

# ¿Abrimos la pareja?

MANUAL PARA  
MONÓGAMOS REBELDES



NovaCasa | Auditorio

## Jornada de ventanas abiertas

—¿Esta es la *suite* con vistas al mar que nos prometió la agencia?  
—Tranquila, Emma. No deshagas las maletas. Seguramente se trata de un error. Ahora subo. Verás cómo lo solucionan.

Sant Antoni de Portmany dispone de una oferta hotelera amplia y variada. Es un destino turístico ideal para el descontrol nocturno y escenario ideal para legiones de británicos con hígados a prueba de bomba. Las calles se llenan de jolgorio hasta altas horas de la madrugada, y no es extraño algún que otro altercado a las puertas de infinidad de bares y pubs con marcado acento inglés. Para el que visita Ibiza por primera vez, confirma la leyenda de una isla de fiesta y descontrol 24/7, pero lejos del glamur de la capital o la calma de Santa Eulària des Riu. Emma repasa cada detalle de la minúscula habitación y se va enervando por momentos. Las paredes, pintadas con franjas de blanco y azul marinero, combinan a la perfección con una decoración *kitsch* y *demodé*, como en un capítulo del *Cuéntame* anterior a la muerte del Generalísimo. ¿Y el televisor? ¿Dónde está el maldito televisor? La luz blanca destaca aún más las imperfecciones de los acabados, el tono *vintage* de un mobiliario anticuado que apenas deja espacio dónde colocar las maletas sin entorpecer el paso. Por suerte, se ha limpiado a conciencia. No hay ni una mota de polvo ni en el suelo ni en la madera. Martín aparece con un acompañante, un hombre maduro vestido de etiqueta y con el rostro compungido.

—Ya nos disculpará usted, señora. Ha habido un error en las fechas. Cosas de los ordenadores modernos, ya sabe. Les ruego que nos perdonen. No nos había ocurrido nunca algo parecido. Nos hemos tomado la libertad de ofrecerles nuestra pensión completa a precio de alojamiento más desayuno, y un pequeño detalle de la casa. En pocos días podemos disponer de una habitación como la que ustedes contrataron a la agencia. Pero mientras tanto, permítannos compensarles con la mejor de nuestras intenciones.

Emma relaja su gesto de desacuerdo cuando el caballero coloca una cubitera con una botella de Moët Chandon rosado y una caja de bombones sobre la única mesita de noche de la habitación. Es el *pack* de bienvenida que el hotel ofrece a los recién casados. El pesar del hombre parece sincero, y no escatima en toda suerte de promesas sobre las maravillas de su gastronomía, el extenso surtido de su desayuno europeo y la inmejorable carta de sus cenas. Emma acepta el plan y las disculpas y el hombre se retira con la sensación de haber superado la prueba. “Nunca, nunca nos había ocurrido nada parecido, de verdad. Acepten nuestras disculpas, por favor”. Disculpas aceptadas. Se retira. Martín se encoge de hombros cuando se queda a solas con Emma y descorcha la botella de champán.

—Bueno, no está mal. Desayuno, comida, cena, Moët... A todo lujo, ¿no?

—Sí, Martín, lo que tú quieras, pero espero que no tarden mucho en darnos *nuestra* habitación, la que hemos pagado. ¡No tenemos ni siquiera un triste televisor! Abre la persiana, por favor. Aprovechemos al menos la única ventana que tenemos.

Pero cuando las cosas van mal, siempre pueden empeorar. Emma sale del baño y se acerca a su ventana, descorre las cortinas, y contempla indignada el paisaje: otra persiana enfrente y un patio de luces es todo el espectáculo que ofrece la *suite*. Martín no sabe dónde esconderse.

—¡No me jodas, Martín! ¡No puede ser! Será una broma, ¿no? ¿Pero esto qué coño es? ¿La cámara oculta?

Martín le ofrece una copa de Moët rosado que Emma se bebe del tirón. Echa una mirada al patio de luces, abajo, a derecha, a izquierda. Suspira hondo, y le alarga la copa vacía a Martín para que se la vuelva a llenar. “¡Joder...!”. Un ruido seco en la habitación de enfrente la aparta de un salto de la ventana y corre las cortinas.

—Tenemos vecinos. Como den un paso, se nos meten en la habitación.

—¡Vamos, Emma! Intentemos hacer de este viaje algo mágico. Ya sé que es difícil, pero este viaje al final será lo que seamos capaces de hacer con él. ¿Nos cambiamos y bajamos a cenar?

—Pues casi que sí. Tampoco tenemos mucho que hacer aquí, ¿no? Es que ni tele...

Dios aprieta, pero no ahoga. El caballero de etiqueta, en cuanto los ve, llama su atención de inmediato. Se acerca con la mejor de sus sonrisas y les pide que le sigan. Les ha preparado la mejor de sus mesas, con unas vistas preciosas del atardecer. Retira la silla de Emma y le pide amablemente que se siente. Les ha seleccionado el menú de gala, varios platos, a cada cual más sofisticado y un vino especial para la ocasión. Se ha permitido escoger “un tinto reserva, el mejor de la bodega” anuncia con una pizca de teatralidad. El caballero tiene una gracia natural sin imposturas. Probablemente, sea heredero de una de las tantas generaciones dedicadas a la hostelería en la isla. Hace creíble cualquiera de sus halagos y promesas. Martín disfruta del menú de degustación con voracidad, y Emma se sorprende de la calidad de su oferta de *delicatessen*. Le cambia por completo el humor. Pide otra botella de vino con la condición de que les permitan abonar su precio, pero el encargado del hotel, metido en su papel de *maître*, se limita a servirles y sonreír. Emma se pone divertida y agradece cada palabra del maestro de ceremonias, cuyos gestos más cómicos le recuerdan a la mejor versión de su padre. Los postres cubren con creces las expectativas de la cena, y se llevan a la habitación una euforia juvenil, risueña, un estado de humor impensable un par de horas atrás. Al entrar en la alcoba el humor decae un instante, pero deciden que la noche no se estropee.

—Necesito una ducha. Hace calor aquí dentro.

—Tranquilo. Luego ya iré yo. Dejo la ventana abierta, ¿no?

Martín no la escucha. Está inmerso en su ducha. Emma se desnuda y se sienta al borde de la cama. Corre algo de aire. Las cortinas, blancas y de tejido fino, se mueven con la brisa y ofrecen una imagen fragmentada de la ventana de enfrente, donde, de repente, Emma sorprende a los vecinos en plena escena erótica. Él, un tipo alto y fornido con el pelo rubio y arremolinado, desabrocha el sujetador a una chica menuda, con el pelo corto y un largo flequillo que le oculta medio rostro. Cuando la ha despojado de toda su ropa interior, es ella quien lo desnuda. Emma observa la secuencia interrumpida por el vaivén del viento sobre las cortinas, como si se tratara de un pase de diapositivas. Cada fotograma de ese *thriller* erótico aumenta su tensión sexual ante la imagen de los amantes espiados. La improvisada *voyeur* los observa como hipnotizada.

Cuando Martín sale de la ducha, Emma se lleva el dedo índice a los labios, como en las viejas fotografías de las enfermeras en los hospitales rogando silencio, y con la otra mano le ordena, mímicamente, que apague la luz de la habitación y que se siente a su lado. Martín obedece y mira a través de las cortinas. Emma le coloca una mano entre las piernas y comprueba de inmediato su excitación ante el improvisado espectáculo. La escena sube de tono cuando la chica descabalga a su amante, se acerca a la ventana, descorre por completo las cortinas y se queda mirando fijamente a la habitación de sus vecinos. Emma y Martín se sienten descubiertos y él se coloca de inmediato la camisa entre las piernas. Una bocanada de aire intenso hincha por completo las cortinas hasta el techo y la chica los encuentra allí, sentados en la penumbra como dos chiquillos avergonzados a los que acaban de atrapar en plena travesura. Martín ensaya un amago de saludo acompañado por una sonrisa idiota, pero Emma abre los ojos como platos, fascinada, como si acabase de contemplar un ser extraño, mitológico y sublime. La chica, en lugar de alejarse del marco, coloca a su chico sobre el

colchón, en perpendicular a la ventana. Lo monta y se exhibe como una amazona enloquecida por el placer y el deseo hasta alcanzar el éxtasis.

Martín no sabe qué hacer. No se atreve a interrumpir la mirada de asombro y excitación de Emma ni a detenerla cuando se pone de pie, se acerca hacia la poca luz de la calle que alcanza la ventana, aparta el cortinaje y se reclina para apoyar los codos sobre el marco. Su chica, al otro lado del patio, la imita, se acerca a la ventana y posa sus manos en el alféizar con la espalda curvada. Martín duda, pero la invitación es muy clara y acaba sobreponiéndose a su timidez. Se pega a Emma y le coloca las manos en la cintura. El desconocido hace lo propio con la anónima amazona y por un momento parecen estarse reflejando los unos y los otros en un espejo. Los cuerpos encuentran su encaje a uno y otro lado de un patio de luces convertido en un escenario de pasiones desbocadas, y se dejan llevar por un instinto cada vez más salvaje, sin inhibiciones. La desconocida alarga su mano hacia la ventana de Emma, y esta responde del mismo modo. Demasiado lejos, demasiado cerca, los dedos no alcanzan a tocarse, pero ambas sienten la tensión sexual que las une y se acarician la piel a distancia. Ellos se miran, y observan a la hembra del otro, como en un extraño ritual de posesión mágico que culmina con un estruendoso grito coral que los deja exhaustos sobre sus respectivos lechos, bajo los efectos de una taquicardia desenfrenada que poco a poco se va calmando bajo la piel sudorosa. Cuando recuperan el aliento, Martín y Emma se miran, se olvidan de sus compañeros de escena por un instante y se funden en una larga secuencia de besos enloquecidos. Ya serenos, Emma no puede evitar echar una última mirada de buenas noches a sus nuevos amantes. Se incorpora, se acerca a la ventana, y descubre al otro lado una persiana bajada y un silencio sepulcral dándole una cálida y callada bienvenida a su primera noche ibicenca.

Sigue leyendo en tu formato favorito

